

“La Noche de San Daniel”, entre la ficción literaria y el compromiso político

"La Noche de San Daniel" se refiere a los trágicos sucesos ocurridos en Madrid en abril de 1865, tras una protesta estudiantil que provocó la caída del gobierno de Narváez y precipitó la revolución de 1868. El suceso histórico de "La Noche de San Daniel" constituye un capítulo importante de la historia de España del siglo XIX. Este trabajo analiza este evento en dos artículos periodísticos de Galdós de 1865, en Fortunata y Jacinta, en De Cartago a Sagunto y en Prim, penúltimo episodio de la cuarta serie de los Episodios Nacionales, en contraste con la postura tomada por Alarcón.

Palabras claves: Benito Pérez Galdós, Pedro Antonio de Alarcón, Noche de San Daniel, Revuelta Estudiantil, Episodios Nacionales

"The Night of San Daniel" refers to the tragic events that took place in Madrid on April 10, 1865, following a student protest that led to the fall of the government of Narváez, and precipitated the revolution of 1868. The historical event of "The Night of San Daniel" is one significant chapter of the history nineteenth-century Spain. This work I analyzes this event in two of Galdós journalistic articles published in 1865, in Fortunata y Jacinta, in De Cartago a Sagunto, and in Prim, from the fourth series of the National Episodes, in contrast with the position taken by Alarcón.

Keywords: Benito Pérez Galdós, Saint Daniel's Night, Student Revolt, Episodios Nacionales

Tendemos a las grandes generalizaciones cuando hablamos de la ideología de nuestros escritores decimonónicos: Clarín y Galdós, anticlericales, demócratas, progresistas; Pereda, un carca; Valera, escéptico, contradictorio, tolerante; Alarcón, un retrógrado que en sus años juveniles se disfrazó de revolucionario, luego de patriota militarista, para terminar sus días dentro del campo neocatólico. Es muy cómodo este tipo de encasillamientos, pero a poco que nos detengamos en la trayectoria de unos y otros, la cosa no resulta tan sencilla. El propio Galdós, en las *Memorias de un desmemoriado*, aclaraba que su estrecha amistad con

Pereda trascendía la política y, en todo caso, “ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni (él) tan furibundo librepensador como suponen otros” (1662).

Hay otro punto que no por evidente debe obviarse: un escritor, como cualquiera, evoluciona, cambia de opinión, se adapta según los tiempos y las circunstancias, sin contar con que no es lo mismo escribir para los periódicos, o defender tal o cual causa en la tribuna pública, que crear mundos ficticios. ¿Quién es en realidad Benito Pérez Galdós? ¿El jovencito que llega a Madrid procedente de las Canarias, hijo de militar y nieto de inquisidor, o el novelista consagrado que se sienta en los bancos del Congreso sin despegar apenas los labios? ¿El escritor patriota de los primeros *Episodios Nacionales* o el autor de *Electra*? ¿El liberal moderado que escribe *La Fontana de Oro* o el republicano progresista de sus últimos años? Algunos dirán que es la suma – y a veces la resta – de todos ellos y seguramente estarán en lo cierto, pero por lo mismo creo que deberíamos aplicar parecido criterio con Alarcón, a quien se le ha metido sin más dentro del saco ultraconservador, con un completo olvido de su trayectoria política anterior o de su claro compromiso con la revolución del 68^l. Porque ciertamente hay un Alarcón final muy catolicón y muy conservador, lleno de inquina hacia la vida cultural y política del país, pero como intuyera Galdós en la necrológica que le dedicó a su muerte (Shoemaker, *Las cartas* 450-455), había mucho de reacción despechada – y desmedida – ante las críticas negativas que se le habían hecho a sus últimas novelas: una pose en el fondo tan exagerada como lo fue sin duda la pose de revolucionario radical de su primera y atropellada juventud.² Alarcón fue la mayor parte de su vida un liberal comprometido con la causa de la libertad, según lo atestiguan su carrera política, sus intervenciones parlamentarias y algunos actos de indiscutible valentía, como el que protagonizó en los sucesos de la Noche de San Daniel.

La célebre algarada observada a través del filtro literario de Galdós y de su peculiar punto de vista, se nos presenta poco o nada favorable a los estudiantes revoltosos y no demasiado entusiasta tampoco con los profesores que la propiciaron.³ Galdós, pese a ser amigo de los cabecillas y supuestamente cercano al krausismo, mostró en las varias veces que tocó el asunto un velado desprecio hacia los instigadores, por más que lo adornara en cada caso con un tono irónico o burlón y dejara, aquí y allá, algunas críticas al gobierno de Narváez. El testimonio galdosiano más antiguo lo tenemos al poco de ocurridos los hechos, en dos artículos publicados en *La Nación*, uno fechado el 23 de abril y el otro el último día del año, titulado “Las siete plagas del año 65” (Shoemaker, *Los artículos* 250-57). El jovencísimo Galdós, en uno y otro lugar, describe el motín

callejero con extraño desenfado, en un estilo que bien podría recordarnos al Alarcón periodista de los primeros años. Así, en el artículo de abril, apenas dos semanas después, califica la revuelta estudiantil de “descomunial batalla” y la Puerta del Sol, de “campo de Agramante” donde se libró, según nos dice en feliz metonimia, una “liza desigual entre el inofensivo pito y la bayoneta” (56). La Semana Santa le sirve luego para hacer toda una serie de fáciles analogías: “La religión alza anualmente un teatro o cadalso donde con más o menos verdad... se representa el terrible drama de la redención del mundo”; pues bien, “en el pórtico de este teatro ha tenido lugar una desastrosa riña motivada por una travesura estudiantil” (56). El gobierno, convertido en implacable “dómine”, ha decidido castigarles con “el suave correctivo de las balas” (56). Y más adelante: “la degollación de los inocentes se ha celebrado en el vestíbulo del templo de Cristo”, lo cual es imperdonable y no se puede disculpar “ni aun por el agua bendita de los hisopos neo-católicos” (56). La conclusión del joven Galdós, si se me permite la paráfrasis, parece clara: este gobierno que se autoproclama cristiano ha actuado con extrema dureza por una mera “travesura estudiantil”, cuando el problema se podría haber arreglado con una simple regañina a tiempo o unos bofetones bien dados. Siete meses después Galdós describe el altercado más por extenso, aunque la valoración sigue siendo la misma:

Llegó por fin abril con sus flores. Los árboles del Prado reverdecían... cesaron las lluvias pertinaces, cesó el frío... Y Madrid era un paraíso sin culebra; el paseo de la Castellana se llenaba de gente; la Patti cantaba en el teatro Real; los músicos se volvían locos. Todo era felicidad y bienaventuranza... En una palabra, éramos felices, o creíamos serlo, que viene a ser lo mismo. Hasta que de pronto una noche aciaga turbó la tranquilidad pública de un modo lamentable. Los estudiantes, esos pícaros estudiantes, aficionados a dar serenatas a los maestros que les han enseñado, tuvieron la culpa de todo. No sabemos qué delito cometieron el rector y un catedrático de la Universidad para atraerse las iras del gobierno. Es lo cierto que la calle de Santa Clara estaba atestada de gente ansiosa de oír la serenata, cuando la gente se dispersó por la calle del Arenal e invadió la Puerta del Sol. Dos noches después se tocó la verdadera serenata, consistente en pitos y otros instrumentos discordantes; diseminóse la tropa por la población; la caballería salió de sus cuarteles; sonaron tiros; corrió todo el que pudo; abriéronse paso los de a caballo repartiendo cintarazos a diestro y siniestro; aquí caía un ciudadano; perniquebrábase aquí una vieja; más allá era atropellado un académico; gruñía el ciego en su rincón y juraba el tendero cerrando las puertas del edificio; caían a pedazos los cristales de una botica, y a otro lado caía de un balazo un muestrario de fotografías; desocupábanse los cafés y llenábase el Saladero; las mujeres buscaban

a su maridos, y los maridos corrían a través de mil peligros hacia sus hogares. Disparaban piedras los chicos y balas los veteranos; caían algunos inocentes heridos y otros morían atravesados por una bala; fue una pequeña San Barthelemy, y una función de desagravios en honor de alguna cartera susceptible. Hubo asedios heroicos como el de la calle de los Negros, y víctimas cruelmente inmoladas como el joven Nava. Esta noche tuvo su santo como la de San Barthelemy; se llamó *usque in aeternum*, “Noche de San Daniel”. La universidad fue teatro de escenas tumultuosas, aunque no sangrientas, porque los estudiantes (siempre esos niños maleducados) dieron en obsequiar a su nuevo rector con otra serenata discordante; pero afortunadamente la bayoneta veterana no penetró allí. Guardia, cargas de caballería, balas perdidas, bayonetazos. ¡Qué horrorosa plaga! Madrid no la olvidará mientras exista. (Shoemaker, *Los artículos* 252-53)

La revuelta está descrita a grandes pinceladas y el tono vuelve a ser sorprendentemente socarrón, como si quien escribe fuera un alma de cántaro o no quisiera darse cuenta de la gravedad de los hechos. Los estudiantes, “esos pícaros estudiantes”, son “maleducados”, además de ser los únicos culpables del alboroto. La serenata, causa del motín, una chiquillada sin importancia. En cuanto a “las iras del gobierno” hacia el rector dimitido y el catedrático expedientado, se presenta como un misterio que el narrador parece desconocer. Galdós naturalmente bromea, pero no por eso deja de llamarnos la atención el tono un tanto irrespetuoso, sobre todo si tenemos en cuenta que uno de sus amigos y paisano suyo, el Marqués de La Florida,⁴ había sido precisamente quien había solicitado el permiso para organizar la serenata y otro estudiante canario,⁵ José de Nava, era uno de los varios muertos, tal como se menciona de pasada en el artículo. Muy al final de su vida, ya ciego, Galdós dejó escrito en sus memorias que en la noche de San Daniel había recibido “algunos linternazos” por parte de la Guardia Civil Veterana,⁶ incidente que bien pudo ocurrir, aunque existe otro testimonio de un antiguo profesor suyo que recordaba, desde sus noventa años, haberse encontrado con Benito en los alrededores de la Puerta del Sol la noche del 8 de abril y que, tras comunicarle la suspensión musical, le había conminado para que se retirase a su casa, pues a veces es necesario dar un paso “pa tras” e irse “pa casita”.⁷ ¿Y qué hizo Benito en su “casita” aquellos días, esto es, en la pensión de la calle del Olivo? Pues, entre otras cosas, dibujar una tira de cómic dedicada a su amigo el marqués, el cabecilla de la revuelta, donde daba cuenta de su vida y milagros, desde su salida de La Orotava, en su Canarias natal, hasta la huida y ocultamiento de la justicia tras los luctuosos sucesos. Los dibujos tienen su gracia, pero no dejan en buen lugar al amigo. En una viñeta, dibujada a gran escala, se le ve enarbolando

una bandera con el lema “muera Narváez”, a la vez que grita a la multitud “todo el que sea estudiante que me siga”; y en otra, la última, también de gran tamaño, aparece en el interior de una almeja gigante, con un epígrafe en que se lee: “expuesto a ser mechado y trufado en la aristocrática caldera” (Pérez Vidal 104), pues, al parecer, el marqués se había ido a esconder en el palacio de otro rico aristócrata. José Pérez Vidal – en el viejo artículo de 1951 de donde se recoge toda esta información – encomiaba la serena visión de Galdós y el “tono natural, contenido y justo” de los dibujos, que “contrasta con el encrespamiento desordenado y declamatorio de su siglo” (104); pero a mí esos dibujos o caricaturas no me parecen ni contenidos ni serenos. El tono es, más bien, de desdén y casi de desprecio. No hay apenas simpatía por el amigo revolucionario ni tampoco por los motivos que habían llevado a los estudiantes y al pueblo de Madrid a tal revuelo.

Más de veinte años después, en *Fortunata y Jacinta* (1886-87), Galdós vuelve a tocar la Noche de San Daniel y tampoco ahí los estudiantes que participan en la algarada salen bien parados. Miquis, Zalamero, Villalonga y el tarambana de Juanito Santa Cruz se nos aparecen como unos gamberros que, entre otras lindezas, se dedican a freír huevos en las aulas de la Universidad:

... Santa Cruz y Villalonga se ponían siempre en la grada más alta, envueltos en sus capas y más parecidos a conspiradores que a estudiantes. Allí pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o soplándose recíprocamente la lección cuando el catedrático les preguntaba. Juanito Santa Cruz y Miquis llevaron un día una sartén (no sé si a la clase de Novar o a la de Uribe, que explicaba Metafísica) y frieron un par de huevos. Otras muchas tonterías de este jaez cuenta Villalonga, las cuales no copio por no alargar este relato. Todos ellos, a excepción de Miquis que se murió en el 64 soñando con la gloria de Schiller, metieron infernal bulla en el célebre alboroto de la noche de San Daniel. Hasta el formalito Zalamero se descompuso en aquella ruidosa ocasión, dando pitidos y chillando como un salvaje, con lo cual se ganó dos bofetadas de un guardia veterano, sin más consecuencias. Pero Villalonga y Santa Cruz lo pasaron peor, porque el primero recibió un sablazo en el hombro que le tuvo derrengado por espacio de dos meses largos, y el segundo fue cogido junto a la esquina del Teatro Real y llevado a la prevención en una cuerda de presos, compuesta de varios estudiantes decentes y algunos pilluelos de muy mal pelaje. A la sombra me lo tuvieron veinte y tantas horas, y aún durara más su cautiverio, si de él no le sacara el día 11 su papá, sujeto respetabilísimo y muy bien relacionado. (Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta* 99-100)

Pasado el tiempo muchos de estos jóvenes, lejos de traer la revolución o la modernización de España, se irán acomodando dentro de la burocracia del Estado o medrarán al arrimo de los partidos políticos. Jacinto Villalonga, por ejemplo, presenciara desde el hemiciclo el golpe de Pavía en su calidad de diputado, pero en conversación con Juanito Santa Cruz quedará de manifiesto que desde un principio comulgaba con los golpistas.⁸ El detalle no es baladí. Si echamos un vistazo en el *Diario de Sesiones* de aquel día no encontraremos por ningún lado, como es de esperar, el nombre de Jacinto Villalonga, pero sí aparece Luis Benítez de Lugo, el antiguo cabecilla estudiantil (2519). Era secretario del Congreso en aquella “memorable sesión” y uno de los diputados que más había criticado la política de Castelar. Galdós, en *De Cartago a Sagunto*, lo responsabiliza de algún modo del golpe por su postura intransigente y luego, veladamente, vuelve a subrayar su cobardía cuando, tras la entrada de la tropa, se le ve escabulléndose con sigilo por una de las puertas de las Cortes: “Por la puerta que da a la misma calle se escabulleron cantando bajito los que más habían alborotado en los pasillos, queriendo desarmar a la tropa: eran Olías, Casaldueiro, Díaz Quintero, el Marqués de la Florida y otros” (103). Tito Liviano, el narrador del episodio, se cura luego en salud aclarándonos que ha recogido estos informes de “Juanito Valero”, “aquel ingenioso amigo... (que) como buen conservador y alfonsino, no perdía ripio para zaherir y rebajar los caracteres de la gran familia republicano-democrática” (105), pero la burlona puntualización no hace sino subrayar el poco aprecio que don Benito sentía por muchos miembros de esa gran familia y, desde luego, por su paisano, el marqués de la Florida.

Ciertamente los políticos, periodistas y escritores que protagonizaron el sexenio revolucionario no suelen recibir un trato favorable en las Novelas Contemporáneas o en las últimas series de los *Episodios Nacionales*. Tampoco parece que Galdós fuera muy amigo de “revoluciones” o de “revolucionarios” que, en nombre de la libertad, se enfrentan directamente con el poder constituido. Ni en la veintena, con sus primeros balbuceos literarios, ni en sus años finales, tras el Desastre del 98. Tomemos como referencia el episodio de *Prim*, el penúltimo de la Cuarta Serie, publicado en 1906. Allí Galdós nos da una versión novelada de toda la sarta de intentonas golpistas y revueltas callejeras que se sucedieron desde la caída del gobierno de O'Donnell, en la primavera de 1863, a la sublevación del Cuartel de San Gil tres años después. El narrador parece en todo momento compartir la displicente perspectiva de Pepe Fajardo, el marqués de Beramendi, protagonista principal en varios de los episodios de esta cuarta serie. El título nobiliario, recordemos, le viene por casamiento. En realidad, Fajardo es un burgués desencantado con su clase

y escéptico con los destinos de su patria. José Fernández Montesinos comenta en su conocido estudio que “es el hombre que más sagazmente ha visto las lacras de la España isabelina y menos ha hecho por combatirlas o remediarlas” (110). No sé si es así, pero desde luego sus críticas a la sociedad, las burlas que dispensa a los conspiradores y sus propias “paradojas antisociales” son las mismas de Galdós.

En 1865 el joven Benito, como ya vimos, tildaba la algarada estudiantil de una chiquillada. ¿Había cambiado su opinión cuarenta años después? Ni un ápice, por más que esta vez se hubiera informado con mucha mayor diligencia. Así, cuando el marqués de Beramendi llega al Ateneo la noche del 8 de abril y entabla conversación con un militar, esto es lo que leemos:

–¿Y qué piensa usted de este revoltijo de los estudiantes?

–Que es una chiquillada. Yo lo arreglaría con las mangas de riego.

–Yo con el himno... con el himno de Riego. Verá usted cómo viene a parar ahí.

–¡Quién sabe! Todas las revoluciones empiezan con música...

–Y con música acaban. Son un emparedado musical... con los tiros en medio. (*Prim* 134)

Los luctuosos sucesos del día 10 de abril se viven en la novela desde el mismo Ateneo, a través de lo que cuenta la gente que viene de la calle y ha presenciado o sufrido en propia carne las cargas de las fuerzas del orden. Curiosamente alguna información recogida por Galdós procede de la carta que Eugenio María de Hostos había mandado a *La Iberia* el día 13,⁹ con gran valor de su persona, ya que la represión gubernamental era – y fue en los siguientes días – muy dura.¹⁰ Hostos vio parte de la algarada desde un balcón del Ateneo y describe, a la vez que denuncia, la desmedida fuerza empleada.

Acababa de llegar al Ateneo, e imitando a casi todos los socios que ocupaban el local, me asomé a uno de sus balcones. La calle (de la Montera) estaba ocupada por algunos grupos, más numerosos y menos impasibles en las bocacalles de la Aduana y la que da paso a la plaza del Carmen. Estos últimos grupos voceaban de cuando en cuando, y sólo cuando pasaba algún carruaje prorrumpían en silbidos. Era esto una manifestación de justo desagrado... Se veían grupos inofensivos y se oían voces y amenazas a lo lejos, cuando pasaron tres guardias civiles de caballería: el grupo próximo a la iglesia de San Luis y luego los guardias volvieron la cabeza y siguieron su camino: uno de ellos, sin embargo, retrocedió y se puso a pasear por delante del grupo que había silbado; pero paseó tranquilamente, sin otro alarde que el que tal vez hagamos todos cuando en presencia del riesgo o de la burla el pundonor nos obliga a hacerle frente. Los agrupados se familiarizaron pronto con el paseante y

salieron al medio de la calle: algunos, muy pocos, se reían y silbaban: el guardia se alejó por la calle arriba. (Hostos, “Carta al director” 1)

En el relato de Hostos la actitud de los manifestantes es, en principio, casi lúdica. Silban y nada más. No hay una actitud amenazante. Era una simple “manifestación de justo desagrado”. Los grupos resultan “inofensivos” y los guardias – al menos los tres que pasean por la calle – pasan de largo sin dar demasiada importancia a los “silbidos”. De pronto, sin embargo, todo cambia. Hay una carga de la caballería en la Puerta del Sol y la gente huye despavorida por las calles adyacentes. La turbamulta pasa por debajo del balcón donde está apostado Hostos, entre “gritos de espanto” y “voces quejumbrosas”:

El tropel de hombres y caballos, la confusión de unos y otros, los gritos de espanto, los ayes lastimeros, las voces quejumbrosas, los lamentos de los caídos o los atropellados, nos habían hasta entonces impedido ver lo más horrible. Detrás de la caballería, con bayoneta calada y ademán hostil, corrían precipitadamente otros guardias de a pie: los caballos habían pasado por delante del Ateneo; los grupos se habían dispersado, y vimos con horror y claramente, aquí a la puerta de una relojería un hombre indefenso caía como un cadáver: que contra el armario cerrado del puesto de libros de San Luis, tres guardias clavaban las bayonetas contra un pecho inerme, y bayonetas y pecho contra el armario; que un chicuelo recibía un puntapié, y tras el puntapié un tiro. Unos cuantos silbidos produjeron tres desgracias: ni los heridos se defendieron, ni los guardias les intimaron rendición: no hubo más que ceguedad inicua por parte de los unos, y lamentos desgarradores por parte de los otros. (Hostos, “Carta al director” 1)

Hostos lo tiene muy claro: unos “cuantos silbidos” inocuos causaron una respuesta salvaje por parte de los guardias. Galdós, en cambio, nos da una versión mucho más matizada en *Prim*. Los silbidos, lejos de ser inocuos, resultan ciertamente insultantes hacia las fuerzas del orden. No se disculpa su desproporcionada respuesta, pero sí parece comprensible la reacción de los guardias, “hartos ya de los insultos con que les había escarnecido la multitud” (*Prim* 138). Veámoslo en sus propias palabras:

Acudió a los balcones del *Senado* y de la Biblioteca gran tropel de curiosos. Calle arriba iban hombres, mujeres y muchachos huyendo despavoridos. Centauros, que no jinetes, parecían los guardias; esgrimían el sable con rabiosa gallardía, hartos ya de los insultos con que les había escarnecido la multitud. No contentos con hacer retroceder a la gente, metían los caballos en las aceras, y al desgraciado que se descuidaba le sacudían de plano tremendos estacazos. Chiquillos audaces

plantábanse frente a los corceles, y con los dedos en la boca soltaban atroces silbidos. Al golpe de las herraduras, echaban chispas las cuñas de pedernal de que estaba empedrada la calle costanera. Un individuo a quien persiguieron los guardias hasta un portal de los pocos que no estaban cerrados, cayó gritando: “¡asesinos!”, y el mismo grito y otros semejantes salieron de los balcones del Ateneo. En la puerta de la sacristía de San Luis había dos muchachos, que después de pasar los últimos jinetes hacia la Red de San Luis, gritaban: “¡Pillos! ¡Viva Castelar... viva Prim!”. Hacia la esquina de la calle de la Aduana, dos sujetos de buen porte retiraban a una mujer descalabrada... La noticia, traída por un ordenanza, de que en la Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo había muertos, hizo exclamar á Beramendi: “¡Sangre!... Esto va bien.” (Pérez Galdós, *Prim* 138)

No debemos confundir historia y literatura. Galdós no es historiador, sino un magnífico novelista. La recreación de los sucesos a través de personajes que convergen en un mismo lugar y van contando lo sucedido desde su particular punto de vista es de una gran inteligencia narrativa. Se consigue con ello verosimilitud y un efecto de aparente imparcialidad. El lector absorbe lo que está leyendo como si así hubiera ocurrido o, cuando menos, como si así lo hubieran vivido sus protagonistas. Naturalmente es solo un espejismo. Los testimonios, a poco que nos fijemos, coinciden todos en presentar una multitud gritona, provocadora, dispuesta a todo. “No eran ya estudiantes los amotinados; era el pueblo, la plebe... se veían caras siniestras... caras de oficio y de patriotas alquilados” (*Prim* 136), dice un personaje. A González Bravo, cuando ha intentado exhortar a la multitud, dice otro, “le han contestado con silbidos horrorosos... A toda tropa o autoridad que pasa, allá van silbidos, insultos... una cosa atroz” (*Prim* 136)). La opinión generalizada es que el gobierno ha actuado con mucha torpeza, pero en ningún caso se justifica la conducta de los manifestantes o la de los líderes de la oposición. Hablan ateneístas, gente de orden, profesores universitarios. Todos concuerdan. ¿Y qué se puede pensar cuando al describir el ataque de la caballería contra la plebe, leemos de los guardias que “esgrimían el sable con rabiosa gallardía” (*Prim* 137)? ¿“Gallardía” atacar con sables a muchachos y gente desarmada?

Cabe insistir en que lo leído es ficción, pura ficción. Las voces que oímos no son la voz del autor, sino las de sus personajes. Además, sería absurdo pedirle cuentas al novelista por no ser lo suficiente neutral o “progresista” en el tratamiento de tal o cual suceso histórico. Con todo, llama la atención la falta de empatía por los manifestantes. Avanzada la noche, cuando se van apagando los ecos de la “bárbara trifulca”, el narrador vuelve a fijar su punto de mira en los pasillos del Ateneo, donde “corrillos de trasnochadores” (*Prim* 139) analizan animadamente lo

ocurrido. Hay entre los tertulianos nombres ya olvidados que fueron en su momento ateneístas reconocidos. Allí están Calixto Bernal, Manuel de la Revilla, Luis Vidart, Moreno Nieto, don Tristán Medina... Se menciona también a Eugenio María de Hostos, de quien se dice que era “un antillano... de ideas muy radicales, talentudo y brioso” (*Prim* 139). A la vista de las divergencias antes comentadas entre la carta de Hostos y la versión galdosiana, se comprende que el narrador tache al futuro Ciudadano de las Américas de “radical”; o que la reacción del público, en los siguientes días, le resulte vocinglera y “sectaria”: “Estruendoso fue el vocerío de los partidos, de los periódicos, del ciudadano alto y bajo. Desatada la opinión sectaria, gente había que deploró no fuera mayor el número de muertos. Hablaban los madrileños en los cafés y en medio de la calle con un ardor que revelaba el desasosiego del cuerpo social” (*Prim* 140).

La pregunta que nos debemos hacer ahora es si verdaderamente quien escribe este pasaje habla en nombre de Galdós o si, por el contrario, el narrador es otro personaje más, tan distante y tan ajeno al autor como puede serlo cualquiera de los tertulianos que pululan por el Ateneo. Decía Unamuno que Galdós carecía de estilo personal y que al escribir “era el hombre medio el que hablaba en él” (99). Habría quizá que matizar esto y decir que ese “hombre medio”, de humor desenfadado, lenguaje mostrenco y talante más bien conservador, lo vemos casi siempre encarnado en el narrador de sus novelas, cuya voz, a modo de ventrilocuo, mimetiza paródicamente las voces de la tribu. La sorna, en cualquier caso, nos confunde. No sabemos muchas veces si lo que el narrador nos cuenta va en broma o en serio. Ni a quién representa o quién es. Así, ¿quién nos habla en el episodio de *Prim* o, más concretamente, en todo ese pasaje de la Noche de San Daniel? ¿Habla Galdós, habla el marqués de Beramendi o es acaso un trasunto de Francisco de Bringas el que habla? Y en cuanto a la ideología o a su postura política respecto a los sucesos, ¿está el narrador del lado de los manifestantes o se pone de parte de la fuerza pública? ¿Defiende al gobierno o lo ataca? ¿Repudia a los alborotadores? ¿Simpatiza con “el desasosiego del cuerpo social”? ¿Entiende sus causas? Tampoco lo sabemos de cierto. Se me dirá que Benito Pérez Galdós, el de carne y hueso, claro que entiende lo que está pasando y que está del lado de la causa liberal e incluso republicana, pero en la lectura del episodio (de igual manera que en sus colaboraciones periodísticas o en esos dibujos de juventud) se nos aparece un hombre muy poco comprometido: displicente, burlón y, desde luego, poco o nada partidario de pronunciamientos, revoluciones o cambios bruscos en el paisaje político.

En comparación, resulta mucho más clara la posición de otros escritores durante esos días. Don Juan Valera, Ramón de Campoamor,

Núñez de Arce o Pedro Antonio de Alarcón mostraron desde un principio su repudio a la actuación del gobierno sin ambages ni chistosos equívocos. El granadino Alarcón, con acta de diputado por aquel entonces, no dudó incluso en mandar una carta a *El Diario Español* denunciando el trato vejatorio que habían sufrido él, y otros viandantes la noche del 8 de abril, cuando, tras un concierto en el Real Conservatorio, regresaba a su casa.¹² El documento es, en verdad, “importantísimo”.¹³ Alarcón, un apasionado entusiasta del bel canto, acude esa noche a escuchar, entre otros cantantes de renombre, a Adelina Patti, la soprano más célebre del momento.¹⁴ Ya durante la función, según relata una crónica de la época, se había palpado la tensión entre el encofetado público.¹⁵ Los oficiales, llamados a sus cuarteles, habían tenido que abandonar la sala en mitad del concierto y muchas damas les habían seguido asustadas. A la salida, faltan carruajes; las calles principales han sido cerradas. Alarcón, suponemos, toma algún atajo hasta llegar a la Puerta del Sol. Allí le llaman la atención “las grandes masas de infantería y caballería del Ejército y de la Guardia Civil”, junto a “algunos grupos de curiosos” que presencian desde las aceras el espectáculo, pero sigue su camino por la calle de Alcalá. Casi en seguida siente detrás galope de caballos “en son de carga”. Leamos al completo su relato:

Volvía yo del concierto del Real Conservatorio a las once y media de esta noche, y aunque al pasar por la Puerta del Sol reparé que había en medio de ella, y en la entrada de las calles que allí confluyen, grandes masas de infantería y caballería del Ejército y de la Guardia Civil, y algunos grupos de curiosos que presenciaban desde las aceras aquel espectáculo, seguí tranquila y confiadamente mi camino, que era la calle de Alcalá.

Al llegar a la altura de la Academia, oí tras de mí el galope de muchos caballos que avanzaban en mi misma dirección en son de carga, y como ni las aceras respetasen, tuve que resguardarme en el hueco de la puerta cercana con otros pacíficos transeúntes que temieron como yo ser atropellados. Pasó la caballería, que por cierto no iba persiguiendo a nadie, por lo que no pude comprender su violenta operación; pero a los pocos pasos que dio, después de cruzar entre nosotros, volvió grupas y se dirigió a la puerta en que estábamos guarecidos, a la cual llegaron cuatro soldados, sable en mano, y con furibundo acento nos dijeron: “corran ustedes”.

Corrieron, en efecto, los que conmigo estaban; más considerándome yo defendido, ya que no por otras garantías consagradas y respetadas en todo país libre, por mi carácter de diputado de la nación, respondí que no corría; que no tenía por qué correr ni acostumbraba hacerlo; que era un ciudadano pacífico y que esperaba de la fuerza armada que me defendiese lejos de atropellarme.

A estas razones contestaron los soldados levantando su sable sobre mi cabeza, espoleando sus caballos e intimidándome de nuevo con inconvenientísimas palabras que corriese y que si no me pasarían con sus armas.

–Hieran ustedes, dije, pero no correré, sino que seguiré mi camino tranquilamente; mas tengan ustedes entendido que soy un diputado a Cortes.

–Nosotros no entendemos de diputados a Cortes, replicaron; corra usted, o muere.

“No corro, sino que ando”, contesté y ustedes verán lo que se hacen.

A estas voces acudió un señor capitán, en el momento que los soldados me echaban sus caballos encima y que yo los detenía amparándome en la pared, y habiéndome reconocido aquel caballero oficial, cuyo nombre ignoro, mandó a los soldados que me respetasen y me dio cortésmente mil excusas, alegando que la tropa no sabía a quién atropellaba.

Creo que no necesito comentar estos hechos: las personas que me rodeaban al principio de esta escena y yo, hemos sido atacados gratuitamente por la fuerza armada; púsose en la alternativa de correr miserablemente o de ser pisoteados por los caballos; amenazóse a mí de muerte, porque no corría... ¿Quién produce aquí los conflictos? ¿Quién provoca a quién? ¿A qué extremo se nos conduce? ¿Qué se quiere de los ciudadanos pacíficos? (1)

La carta retrata al mejor Alarcón. Con pluma ágil de avezado periodista y desplegando todo su mucho talento para la descripción y el diálogo, recrea en unos pocos renglones la violenta escena vivida: la carga de la caballería, los furiosos gritos de los guardias, el pánico de la gente, su gallarda negativa a no correr con los otros transeúntes, las amenazas de muerte... Solo la intervención de un “señor capitán” (¿el capitán Veneno acaso?) lo libra de males mayores. La denuncia final no puede ser más clara y contundente: hay un solo culpable y ese culpable es el gobierno, que es “quien produce los conflictos”, quien provoca a la gente y quien ataca gratuitamente a “los ciudadanos pacíficos.” El testigo de la guerra, como se ve, podía dar testimonio también contra los enemigos de la paz.

Alguno argüirá que su testimonio estaba lejos de ser objetivo o desinteresado. Alarcón era, al fin y al cabo, diputado de la Unión Liberal, formación política que estaba abiertamente enfrentada con el gobierno de Narváez. Es factible, pues, suponer cierta exageración, cierta utilización partidista del suceso. El relato del guadijeño a nosotros nos resulta muy convincente, pero los periódicos conservadores daban una versión muy distinta. *La Época*, una semana después, el 17 de abril, reproducía en su primera página varios artículos y, entre ellos, uno publicado en *La Regeneración* con el significativo título de “Hechos”. El articulista, con una postura claramente gubernamental, disculpaba en todo momento la actuación de las fuerzas del orden y achacaba toda la revuelta a una conspiración orquestada por las fuerzas de la oposición. Esto es lo que

decía de las cargas de caballería ocurridas la noche del 8 de abril y del comportamiento del “diputado señor Alarcón”:

En la noche del ocho oímos dar gritos subversivos contra las cosas más respetables y vimos y deploramos la tenacidad con que los grupos, una vez disueltos por las intimaciones de la fuerza pública, se volvían a reunir para volver a gritar. Vimos enseguida a la caballería cargar a paso lento a los amotinados, muchos de los cuales se detenían y gritaban a los demás que no corrieran. Éstos que se detenían no eran estudiantes ni parecían ser personas decentes, ni aún jornaleros. Perteneían a esa raza de seres que viven en nuestras ciudades populosas, que sirven a los partidos revolucionarios, que echan mano de ellos, llamándolos el pueblo, para trastornar la sociedad. ¿Qué tiene de extraño que si en estos grupos había personas honradas fueran atropelladas por los caballos? Cuando se dieron las cargas habían pasado algunas horas desde que se comenzó el motín, y los curiosos tuvieron todo el tiempo que quisieron para retirarse de un sitio en donde era de presumir que muy pronto habría de haber una lucha. El diputado señor Alarcón se ha quejado de que le atropellaron porque no quiso correr, y este es uno de los cargos que se han dirigido al gobierno sobre aquellos sucesos. ¿Quería el señor Alarcón que la fuerza pública dejase de cumplir con su deber porque lo encontró a él, diputado en las Cortes, pero ciudadano en la calle de Alcalá, que no quería correr? (“Hechos” 1)

Los “pacíficos ciudadanos” de que hablaba Alarcón son mayoritariamente, según el autor del artículo, agitadores profesionales, esa “raza de seres” que vive en las “ciudades populosas” y que es aprovechada por los “partidos revolucionarios” para “trastornar la sociedad”. En *Prim* Galdós hacía decir a un personaje algo parecido, prontamente cuestionado por una antigua amiga de dudosa reputación que había venido a escuchar la serenata de los estudiantes:

–El Gobierno hace bien en no permitir escándalos. Con pretexto de una serenata, salen a rebuznar los revoltosos de oficio.

–¡Pues, hijo! ¿También tú, Guillermito, sales a la defensa de ese perro de González Bravo? (128)

La opinión de “Guillermito”, amigo del marqués de Beramendi, coincide en buena parte con la voz narrativa, si no con la de Galdós. La multitud aglutinada en torno a la Puerta del Sol, según leemos, es una rara mezcla de “gente risueña” y “gente ceñuda”, de curiosos transeúntes y de facinerosos:

Todo Madrid divagaba en las calles, con la esperanza, el temor y el deseo de sucesos trágicos. El menor ruido hacía correr a los transeúntes. En la Puerta del Sol grupos de gente risueña con grupos de gente ceñuda se cruzaban. Creyérase que aquellos decían a estos: “Atreveos. ¿Qué teméis? Aquí estamos nosotros para elogiaros y decir que sois la salvación de la patria”. Los grupos risueños requerían los portales a la menor ondulación de los que venían ceñudos. (Pérez Galdós, *Prim* 135)

Insisto en lo dicho ya antes: Galdós presenta aquí una realidad coral, pero sorprende que las voces que más se oyen (y que más peso tienen en el relato) concuerden con la versión oficial. Alarcón y Hostos quizá mostraban sesgado partidismo y seleccionaban los hechos con objeto de atacar al gobierno. Galdós lógicamente buscaba otra cosa. La propaganda política no entraba dentro de sus planes artísticos. Además, el estilo narrativo galdosiano – tan coloquial, tan dialógico, con tantísimos registros – se aviene mal con cualquier sectarismo ideológico. Con todo, se echa en falta algún acto heroico, alguna conducta sensata proveniente de las filas “revolucionarias”. En lugar de eso, el novelista canario, afín al republicanismo en sus últimos años, parece deleitarse una vez más en ridiculizar y zaherir a sus correligionarios tras la máscara de los personajes y la voz impostada del narrador.¹⁶

Queensborough Community College, CUNY

NOTAS

- 1 A veces peor que el olvido ha sido la repetición de ideas de recibo. Fernández Montesinos construyó una imagen del escritor granadino plagada de prejuicios, tanto de orden estético (el post-romanticismo visto como “anomalía literaria”) como ideológicos (falta de principios, oportunismo, nostalgia por el Antiguo Régimen). Ignacio J. López ofrece un panorama mucho más completo en todo lo relacionado con la ideología alarconiana, pero en el fondo no deja de perpetuar parecidos prejuicios.
- 2 En un excelente estudio sobre la carrera literaria de Alarcón, Manuel de la Revilla se lamentaba del repentino giro ideológico experimentado por el guadijeño a partir de la publicación de *El escándalo* en 1876: “El impetuoso soldado de la libertad, el generoso espíritu sediento de progreso, aparecía convertido en colaborador de la obra tenebrosa que intenta consumir el ultramontanismo. Los problemas más arduos de la moral se resolvían en la obra con arreglo al más exagerado criterio místico; la conciencia humana quedaba aherrojada a los pies de un jesuita; la civilización moderna, el liberalismo recibían a cada paso rudos golpes. El neo-catolicismo contaba con

- un nuevo adalid en el terreno de las letras, y este adalid era ¡triste es decirlo! un veterano de la libertad” (97).
- 3 La bibliografía sobre estos sucesos es relativamente amplia. Sigue siendo imprescindible la monografía de Paloma Rupérez. Una amena introducción escrita por un coetáneo está en Francisco Pi y Margall. Interesante también por el sabor de época la relación de Félix de Bona escrita a los pocos días de los sucesos.
 - 4 El político y activista canario Luis Francisco Benítez de Lugo, octavo Marqués de La Florida (1837-1876), llegó a ser diputado a Cortes en 1872, “por el distrito de La Orotava como republicano del ala radical” (Campos 540).
 - 5 “Nuestros lectores saben, y todo Madrid sabía ayer que los estudiantes de la Universidad de esta corte tenían dispuesto obsequiar anoche con una serenata al señor don Juan Manuel Montalbán, separado de su cargo de rector, por el tino, acierto y dignidad con que ha llenado las delicadas funciones de su puesto. Habían solicitado de antemano el competente permiso de la autoridad civil, quien lo otorgara sin el menor reparo, según consta del siguiente oficio: se autoriza al señor marqués de la Florida, para que con otros compañeros suyos, alumnos de la Universidad central, den una serenata en la noche del día ocho del corriente en la calle de Santa Clara. Quedan los concesionarios, por virtud de esta autorización, obligados a conservar el orden durante el acto de la música. Madrid, 7 de abril de 1865” (Hostos, “Carta al director” 1).
 - 6 “Presencié, confundido con la turba estudiantil, el escandaloso motín de la noche de *San Daniel...* y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos *linternazos* de la guardia Veterana” (Pérez Galdós, *Memorias* 1655).
 - 7 “... su amigo, y maestro, don Valeriano Fernández Ferraz... rememora, con su peculiar estilo, los siguientes detalles: ‘Algo había tardado yo, con un compañero de hospedaje, cuando nos encontramos con Pérez Galdós y su infausta noticia de la suspensión musical. *Echa pa tras* -dijo Benito-, *que no siempre ha de ser echa palante, y a casita*” (Pérez Vidal 100).
 - 8 Toda la conversación entre los dos señoritos es muy divertida, además de un prodigio de técnica narrativa. Villalonga ha avistado la noche anterior a Fortunata y quiere contárselo al amigo, pero por desgracia Jacinta entra cada dos por tres en el salón donde están, obligándole a cambiar de tercio y hablar de lo ocurrido en el hemiciclo la noche del 2 de enero. A lo largo del relato queda claro que Villalonga ha sido partícipe del golpe; y de ahí que cuando al final Juanito, burlescamente, le diga a su mujer que su amigo, lejos de lo que pensaba, ni tuvo miedo ni se había metido debajo de un banco cuando entraron los soldados, este conteste con todo cinismo: “¿Pero miedo a qué?... Si yo estaba en el ajo... Os diré el último detalle para que os asombréis. Los cañones que puso Pavía en las bocacalles estaban descargados. Y ya veis lo que pasó dentro. Dos tiros al aire, y lo mismo que se desbandan los pájaros

- posados en un árbol cuando dais debajo de él dos palmadas, así se desbandó la asamblea de la República” (Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta* 439).
- 9 El prócer antillano e insigne educador, Eugenio María de Hostos (1839-1903), nació en Mayagüez, Puerto Rico. Con 13 años se trasladó a España. En la Universidad Central de Madrid estudió las carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Fue socio del Ateneo y colaboró asiduamente en los periódicos españoles. Sintió gran afinidad con la ideología krausista y entabló buena amistad con Castelar y Pi y Margall, entre otros. Durante su etapa en España defendió una república federal; pero en 1869, en vista de que la nueva Constitución española no extendía los derechos ciudadanos a Cuba y Puerto Rico, partió para América y, a partir de entonces, se hizo independentista. Su labor educativa, influida de algún modo por el krausismo, es todavía reconocida actualmente.
 - 10 El propósito principal de la carta era desmentir una suelta aparecida en otro periódico en donde se decía que uno de los fallecidos, Ramón Ochoa, antes de expirar había prestado declaración y confesado que previamente a ser herido en la calle de la Montera “fue intimado repetidísimas veces para que se retirara y que no quiso obedecer”. Aquello era, según Hostos, completamente falso: “amo demasiado la justicia para asegurar que (esas) palabras encierran una calumnia, pero amo también demasiado la verdad para callarla, y sea cualquiera el peligro que atraiga sobre mí voy a decirla. Es un deber de conciencia... (y) es un deber de ciudadano” (“Carta al director” 1).
 - 11 Francisco de Bringas, el marido de Rosalía en *Tormento* y en *La de Bringas*, achaca buena parte del espíritu revolucionario que reina en Madrid a la “perversa doctrina titulada krausista” que se imparte en la universidad: “Bringas la había oído calificar de pestilente a un sabio capellán amigo suyo. De algún tiempo acá, Paquito de Asís (su hijo) andaba con unas enredosas monsergas del yo, el no yo, el otro y el de más allá, que sacaban de quicio al buen don Francisco. Éste le dijo, en resumidas cuentas, que si no echaba de su cabeza aquellas filosofías, le iba a quitar de la Universidad y a ponerle de hortera en una tienda” (Pérez Galdós, *La de Bringas* 253).
 - 12 Salió elegido por el distrito de Guadix en el otoño de 1864. Desde la guerra de África (1860) gravitaba en torno a la Unión Liberal del general O’Donnell y de otros generales como Prim o Ros de Olano (Lara Ramos 148-149).
 - 13 Así lo calificaba el redactor de *La Discusión* al reproducirlo días después en la primera página del periódico: “En nuestra edición de provincias insertábamos anteayer el siguiente comunicado del diputado a Cortes D. Pedro Antonio de Alarcón... (Lo) reproducimos nuevamente porque es un documento importantísimo.”
 - 14 El crítico de *El Contemporáneo* apenas podía contener el entusiasmo por la soprano: “Aún a trueque de que nos tachen de apasionados, no podemos dejar

de decir algunas palabras acerca de esa encantadora criatura llamada Adelina Patti. Vestida de blanco, con un lazo negro sujeto por un herrete de brillantes en el pecho... se presentó la renombrada artista ante el numeroso concurso, siendo recibida entre vítores y aplausos. Es difícil cantar mejor que la Patti lo hizo en estos momentos. Las notas que daba su garganta se destacaban sobre la armonía formada por los coros y la orquesta, como se destacan los trinos del ruiseñor sobre esos magníficos conciertos con que saludan las demás aves los primeros albos de la mañana" ("Gacetilla" 3). Y esto es lo que había escrito Galdós diez días antes: "(La Patti) está dotada de un órgano desconocido, sobrenatural, de una ejecución inverosímil... Su figura es diminuta; demuestra en su ademán una encantadora travesura que se aviene perfectamente con su voz angelical" (Shoemaker, *Los artículos* 49).

- 15 *La Iberia*: "El cuarto concierto de la Sociedad Artístico-Musical de Socorros Mutuos, dado anoche en el salón del Conservatorio, estuvo brillantísimo. Una elegante concurrencia, entre la cual descollaban las damas más distinguidas de la corte, llenaba completamente el salón. Todos los artistas que tomaron parte en el concierto fueron estrepitosamente aplaudidos. Pero debemos hacer una mención especial de las señoras La Grange y Patti, y de los señores Nicolini y Monasterio. Y como nada hay completo en este mundo, hete aquí que cuando el público estaba más entusiasmado aspirando aquella atmósfera llena de arte y de poesía, encargóse el gobierno de acudir a turbar la fiesta. Los oficiales que se hallaban en el salón fueron avisados para que acudieran inmediatamente a sus cuarteles, teniendo que abandonar el local a paso de carga. Las señoras que vieron correr a ponerse sobre las armas a estos hijos de Marte, empezaron a abandonar también el teatro, huyendo como una bandada de palomas asustadas por el grito del gavilán; y al llegar al portal se encontraron muchas de ellas sin sus carruajes, porque el gobierno no los dejaba pasar por las calles principales, viéndose obligadas a retirarse a pie, alarmadas y llenas de miedo. De manera que el gobierno encargado de conservar la tranquilidad llevó la agitación y la alarma a este concierto, tan brillantemente empezado y con tanta impaciencia concluido. Así terminó una función que tan gratos recuerdos prometía a los amantes de la buena música" ("Folletín" 1).
- 16 Galdós enjuicia la historia de España como un moralista o, si se quiere, como un psiquiatra. Las causas socio-políticas nunca le interesaron demasiado y, en su última época, el pesimismo ante la conducta enajenada del español se acentuó. Dendle lo resume de esta manera: "The analysis of Spain's madness is... of greater concern to Galdós than the deeds of historic figures... (His) remedies are those of the alienist, not of the politician or of the social planner. There are no national solutions... Galdós' hostility to his fellow countrymen is often savage... The 'keys' with which Galdós explains Spanish history –national insanity, atavism, the preponderant role of the Church– represent an

oversimplification, a refusal to treat in all its complexity a given historical situation" (184-85).

OBRAS CITADAS

- ALARCÓN, PEDRO ANTONIO DE. "Carta al director". *La Discusión. Diario democrático* 11 de abril 1865: 1.
- BONA, FÉLIX DE. "El 10 de abril de 1865". *Revista Hispano-Americana*, 2.7 (1865): 267-69.
- CAMPOS ORAMAS, JAVIER. "Algunos personajes canarios en los *Episodios Nacionales*". *Actas del Noveno Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (2009): 528-547.
- DENDLE, BRIAN J. *GALDÓS: The Mature Thought*. Lexington: UP of Kentucky, 2015. *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República española*. Vol. 5. Madrid: Imprenta de J. Antonio García, 1874.
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ. *Galdós*. Madrid: Editorial Castalia, 1972.
- . *Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid: Editorial Castalia, 1977.
- "Folletín". *La Iberia* 9 de abril de 1865: 1.
- "Gacetilla". *El Contemporáneo* 9 de abril de 1865: 3.
- "Hechos". *La Regeneración* 15 de abril de 1865: 1.
- HOSTOS Y BONILLA, EUGENIO MARÍA DE. "Carta al director". *Diario Liberal* 9 de abril de 1865: 1.
- . Prólogo. *La peregrinación de Bayoán: diario*. 2.^a ed. Santiago [de Cuba]: Imprenta del Sub-América, 1873.
- LARA RAMOS, ANTONIO. "Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la guerra de África". *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África: del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Coords. José Antonio González Alcantud, Manuel Lorente Rivas y Amelina Correa Ramón Madrid: Anthropos, 2004. 121-153.
- LÓPEZ, IGNACIO JAVIER. *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2008.
- PÉREZ GALDÓS, BENITO. *La de Bringas*. Madrid: Perlado Páez y Compañía, 1906.
- . *De Cartago a Sagunto*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Universidad de Alicante, 2002.
- . *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Cátedra, 1985.
- . *Memorias de un desmemoriado. Obras completas*. Vol. 6. Madrid: Aguilar, 1958.
- . *Prim*. Madrid: Sucesores de Hernando, 1906.
- PÉREZ VIDAL, JOSÉ. "Pérez Galdós y La Noche de San Daniel." *Revista Hispánica Moderna* 17. 1/4 (1951): 94-110.
- REVILLA, MANUEL DE LA. "Don Pedro Antonio de Alarcón". *Obras de D. Manuel de la Revilla*. Madrid: El Ateneo Científico, Literario y Artístico, 1883.

- RUPÉREZ, PALOMA. *La cuestión universitaria y la Noche de San Daniel*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1975.
- PI Y MARGALL, FRANCISCO. *Historia de España en el siglo XIX*. Tomo 4. Barcelona: Editorial Miguel Seguí, 1902. 330-36.
- SHOEMAKER, WILLIAM H, ED. *Los artículos de Galdós en "La Nación"*. Ínsula: Madrid, 1972
- . *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1973. 450-55.
- UNAMUNO, MIGUEL DE. "El estilo de Galdós". *Alrededor del estilo*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, 1998. 97-101.